

¿Qué debo hacer para ser salvo?

La pregunta más importante que conozco es la que se encuentra en Hechos 16:30. Salió de los labios de un carcelero de Filipos que pensaba en suicidarse. Pero en cuestión de segundos anhelaba una vida, no solo una vida, sino la vida eterna. Preguntó: "¿Qué debo hacer para ser salvo?".

La respuesta a la pregunta más crucial de todas las preguntas humanas es el enfoque de esta lección. Obviamente, quiero dirigir esta pregunta y su respuesta a quienes no son cristianos. Hay muchos que, honestamente, desconocen la respuesta a la pregunta del carcelero: ¿Qué debo hacer para ser salvo? Más que cualquier otra cosa en el mundo, necesitan no solo saber la respuesta, sino también responderla. En segundo lugar, quiero dirigir esta pregunta y su respuesta a los cristianos que sí comprenden el razonamiento y las implicaciones de su compromiso. Espero que esta lección los capacite mejor para compartir la respuesta a esta pregunta con quienes la necesitan desesperadamente. Me preocupa mucho cómo nos comunicamos eficazmente. Me preocupa que a menudo no expresamos bien lo buena que es la Buena Nueva de Jesús y la belleza asociada con la forma en que Dios quiere que la aceptemos.

A menudo, damos por sentado lo que creemos que la gente sabe. Damos por sentado lo que creemos que entienden. Muchos tienen una respuesta fácil, pero no responde a la pregunta. Simplemente no nos comunicamos. Me encanta la historia de la pareja que llevaba 70 años casada y él era bastante sordo. En su 70.º aniversario, la viejecita se inclinó hacia él y le dijo: "¡Estoy tan orgullosa de ti!". Él la miró y dijo: "¡Yo también estoy harto de ti!".

No sé ustedes, pero creo que a veces he sido culpable de hablar espiritualmente con dificultad auditiva, sin entender lo que se preguntaba ni percibir dónde estaban. Así que ayudar a los cristianos a comunicar la respuesta a esa pregunta puede ser el uso más importante de esta lección. Porque, amigos, no hay duda del poder del evangelio. Es el poder de Dios para convencer y convertir en cualquier cultura y generación. Si no lo hace con abundancia, no es por falta de claridad en la señal; sería más bien por la forma en que se transmite.

¿Qué debo hacer para ser salvo? Todo el Nuevo Testamento, de una u otra manera, se centra en la respuesta a esta pregunta. Efesios 2, los primeros diez versículos, nos dan una descripción concisa y contundente de lo que uno debe hacer para ser salvo. Efesios 2:1-10

1. *Reconocer la necesidad.*

En cuanto a ustedes, estaban muertos en sus transgresiones y pecados, en los cuales vivían siguiendo los caminos de este mundo y del príncipe del reino del aire, el espíritu que ahora opera en los que son desobedientes. Todos nosotros también vivimos entre ellos en otro tiempo, satisfaciendo los deseos de nuestra naturaleza pecaminosa y siguiendo sus deseos y pensamientos. Como los demás, éramos por naturaleza objetos de ira. Amigos, si alguien va a venir a Cristo, primero debe ver la necesidad de esa conversión. Aquí es donde, como

embajadores de Cristo, los cristianos a menudo fallamos. Nos apresuramos a buscar una respuesta cuando no tenemos una pregunta.

Hay dos grandes categorías de personas que no vienen a Cristo. La primera categoría son aquellos que creen que son tan malos que no hay posibilidad alguna de que Dios pueda alcanzarlos o salvarlos. "¿Quieres decir que Dios podría salvarme?". En mi experiencia como predicador y embajador de Cristo, encuentro que esas personas suelen ser más fáciles de alcanzar. Porque una vez que se rompe su culpa y vergüenza y se vierte el amor y la misericordia de Cristo en esa abertura, comienzan a relajarse.

Pero hay un segundo grupo que rara vez se acerca a Cristo, y esta es la gran mayoría. Aquellos que piensan que soy una buena persona y que realmente no necesito ser salvo. Siempre me intrigan las encuestas de Gallup que indican que el 90% de los estadounidenses dicen: "Soy cristiano". Sin embargo, ese porcentaje no se acerca ni de lejos al porcentaje de nuestra población que se reúne, que tiene su nombre en la lista de alguna iglesia, que lee la Biblia, que ora o que dona dinero a alguna congregación.

Al observar detenidamente las preguntas que responden, se empieza a comprender por qué piensan así. La mayoría de los estadounidenses define ser cristiano básicamente como ser una buena persona. Han convertido ambas cosas en sinónimos. Aunque parezca increíble, hay muchísima gente que se cree cristiana solo porque se percibe como buena.

He aprendido una de las preguntas más perspicaces que se le pueden hacer a alguien, y obviamente se hace con tacto durante la conversación. Pregúntale si irá al cielo. Normalmente se sobresalta y dice: "Bueno, supongo que sí". Luego me gusta reflexionar: "Dime, ¿por qué crees que irás?". Más del 90 % de las veces, la respuesta es: "Me va bastante bien en el trabajo, amo a mis hijos, soy básicamente honesto, dono a United Way y no quebranto ninguna ley". En otras palabras, lo que están diciendo es: "Lo bueno en mi vida supera lo malo. Merezco ser salvo". No comprenden la necesidad. No comprenden el alcance del pecado. Son como Simón, el fariseo, que le respondió a Jesús: "El que mucho ha perdonado, mucho amará" (Lucas 7).

Si voy a responder al evangelio de Jesucristo o si voy a comunicarlo eficazmente, lo primero que debo hacer es ver la necesidad. Debo descubrir la realidad de estar perdido. Debo entender que la vida no es una gran prueba de humanidad que se calificará según mi calidad en relación con los demás. Si voy a responder a quién es Jesús y a lo que ha hecho, será porque primero he comprendido la verdad: que todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3:23), y que la paga del pecado es muerte (Romanos 6:23).

Pablo dice: «Estaban muertos en sus delitos y pecados» (Efesios 2:1) y «todos nosotros también vivimos entre ellos en otro tiempo» (Efesios 2:1). Hasta que alguien no vea y sienta la necesidad, no se convertirá en cristiano. Así que el primer paso es reconocer la necesidad.

2. Realizar la solución.

«Pero por su gran amor para con nosotros, Dios, que es rico en misericordia, nos dio vida juntamente con Cristo, aun cuando estábamos muertos en pecados. Por gracia han sido salvados. Y con Cristo Jesús, Dios nos resucitó y, con él, nos sentó en los lugares celestiales, para mostrar en los siglos venideros las incomparables riquezas de su gracia, manifestadas en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.» (Efesios 2:4) Ahí está la solución. Una vez comunicada la necesidad, entonces, y solo entonces, podremos hablar de una solución.

La mentalidad estadounidense moderna dice: «Puedo salir adelante por mis propios medios. Soy un hombre hecho a sí mismo. No necesito a nadie más y puedo resolver este problema. Soy independiente». Pero el mensaje del evangelio dice: «No, no puedes resolver este problema. Es más grande que tú. No tienes lo necesario para resolverlo. La buena noticia es que Dios, rico en amor y misericordia, ya lo ha resuelto. Pero por su gran amor por nosotros, Dios, rico en misericordia, nos dio vida con Cristo, aun cuando estábamos muertos en nuestros pecados».

El no cristiano con una mente realmente curiosa preguntará: "He oído hablar de Jesús en Navidad y Pascua, pero ¿cómo me salva Cristo? ¿Cómo me da vida Jesucristo?". Pablo respondió a esa pregunta: "Porque al que no conoció pecado (es decir, a Jesús), Dios lo hizo pecado por nosotros, para que en él fuéramos hechos justicia de Dios" (2 Corintios 5:21). ¿Sabes cómo se llama eso?

Los teólogos y eruditos lo llaman "Expiación Sustitutiva". Suena demasiado erudito, pero no es difícil de entender. Analízalo. ¿Qué significa "sustituto"? Significa "Alguien que toma el lugar de otro". Expiación significa "Alguien que paga una deuda por otro". Jesús tomó tu lugar, fue el sustituto y expió; pagó tu deuda de pecado con Dios que tú no pudiste pagar. Por lo tanto, participas de su justicia. Ese es el Evangelio de Jesucristo, el mensaje del cristianismo.

Pero a menudo hablamos del cómo sin antes hablar del por qué y quién lo hizo posible. El porqué y el quién deben entenderse primero. La gente necesita conocer a Cristo. Necesitan admirarse ante aquel que descendió del trono celestial, Dios encarnado, aquel que nunca pecó, que colgó de una cruz sucia y fue tratado como si fuera el único pecador del mundo. Necesitamos arrodillarnos cuando entendemos quién es Jesús. No necesitamos irnos con aires de suficiencia con una fórmula para la salvación. Nuestro mensaje, nuestra esperanza y nuestro boleto es la persona de Jesucristo.

Pedro hizo esto la primera vez que se predicó el Evangelio. Habló de la necesidad. Les ayudó a comprenderla. Les mostró su pecado. Les dijo: «A este Jesús, a quien crucificaron», eso sí que les muestra su pecado, ¿no? Podría haberles mostrado un millón más, pero dijo, por ejemplo, el más importante: «Crucificaron al Hijo de Dios». Lo segundo que hizo fue mostrarles la solución: «Dios lo ha hecho Señor y Cristo». En el siguiente versículo, los oyentes de Pedro preguntaron, en esencia, la misma pregunta crucial del carcelero de Filipos: «Hermanos, ¿qué haremos? Reconocemos nuestro pecado. Nos damos cuenta de que la solución está en Jesús. ¿Qué hacemos?». Esto nos lleva al tercer paso.

3. Responder con fe.

«Porque por gracia sois salvos mediante la fe; y esto no de vosotros, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.» (Efesios 2:8-9). Amigos, ahí lo tienen. La Escritura deja claro que debe haber una respuesta a esta gracia. Gracia simplemente significa el don ofrecido por Jesús, y en una palabra, esa respuesta se llama «fe».

De nuevo, hay un problema de comunicación. Gran parte del mundo ha definido la palabra "fe" en sus propios términos: "simplemente cree". Simplemente creer que Jesús es el Hijo de Dios con todo tu corazón, eso es fe. La Biblia dice que la fe es estar seguro de lo que no se ve y de lo que no se entiende (Hebreos 11:1). La Biblia dice que la fe es ir adonde Dios dice (2 Corintios 4:5).

Amigos, simplemente pedirle a Jesús que entre en sus corazones como Salvador personal no es lo que dice Efesios 2:8-9. Léanlo de nuevo. El pasaje dice que somos salvos por gracia mediante la fe; no por nuestras obras ni por nuestros propios méritos. La declaración de Efesios se confirma en toda la Biblia, particularmente en el Nuevo Testamento.

Para comprender bien Efesios 2:8-9, dejemos que Dios defina la respuesta de fe que desea. Sin duda, la creencia es la esencia de la fe. Él siempre ha dictado la respuesta de fe que deseaba. Por ejemplo, cuando los israelitas fueron mordidos por serpientes venenosas, ¿qué quería Dios como respuesta de fe? ¿Recuerdan? Hizo que Moisés fabricara una serpiente de bronce sobre un asta y la levantó. Dios le dijo: «Si quieres sanar de eso, haz esto: mira esa serpiente y sanarás» (Números 21). Esa fue la respuesta de fe. ¿Quién decidió cuál sería esa respuesta de fe? ¿El pueblo? No, Dios lo decidió.

Piensa en cuando los hijos de Israel entraban en la Tierra Prometida y estaban a punto de tomar Jericó, esa gran ciudad amurallada y fortificada. Dios quería creer en su poder, pero también quería una respuesta de fe. Quiero que marchen alrededor de esa ciudad una vez al día durante seis días, y el séptimo día quiero que marchen alrededor de ella siete veces, y luego quiero que griten con gran voz.

¿Qué respuesta de fe le pidió Dios a Naamán, el leproso sirio, en 2 Reyes 5, cuando fue a ver al profeta Eliseo? Eliseo ni siquiera fue a verlo. Simplemente envió un mensaje a través de un mensajero. Le dijo: «Dile que se bañe siete veces en el río Jordán». Fue idea de Dios.

¿Qué respuesta de fe le pidió Dios a Pedro después de haber pescado toda la noche y haber llegado a la orilla? Jesús le dijo: «Pedro, quiero que vayas a navegar mar adentro una vez más y echas tus redes».

Hay innumerables ejemplos más. Pero la pregunta es: ¿Acaso alguna de esas respuestas mereció o suministró el poder para el evento milagroso que siguió? No. No. No. ¿Entienden eso? La respuesta de fe no suministró el poder. Los hijos de Israel podrían haber marchado alrededor de la muralla de Jericó mil veces y esa muralla no se habría movido ni un centímetro si no fuera por el poder de Dios. Naamán podría haberse sumergido en el río Jordán de sol a sol y aun así habría salido leproso, de no ser por el poder de Dios. Pero cuando respondieron con fe como Dios había prescrito, entonces su poder se canalizó hacia ellos. Dios siempre determina la

respuesta de fe. Siempre lo ha hecho. Entonces, ¿qué respuesta de fe exige Dios para aceptar a Cristo? Dejemos que la Biblia responda en lugar de la opinión de alguien. El libro de los Hechos es el único libro inspirado de la Biblia que nos da la historia pura del nacimiento y el crecimiento de la iglesia primitiva. En él, y solo en él, se encuentran los únicos detalles específicos de las conversiones individuales de aquellos primeros cristianos. Es donde hay que ir para aprender cómo se hicieron cristianos. No debemos hacer ni más ni menos.

Quiero mostrarles brevemente todos los relatos de conversiones al cristianismo que se encuentran en el libro de los Hechos. No podremos abarcarlos en su totalidad, así que les animo a que, en su estudio privado, los revisen en su totalidad y en su contexto completo. Observen cómo llegaron a Cristo y asimilen toda la información que encontremos.

1. El día que la iglesia comenzó, cuando aquellos primeros 3000 hicieron la pregunta a Pedro y a los apóstoles: «Al oír esto, la gente se conmovió profundamente y dijo a Pedro y a los demás apóstoles: 'Hermanos, ¿qué haremos?'. Pedro respondió: 'Arrepíentanse y bautícese cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de sus pecados. Y recibirán el don del Espíritu Santo'» (Hechos 2:37-38). «Los que aceptaron su mensaje fueron bautizados, y ese día se añadieron unos tres mil personas» (Hechos 2:41).
2. Pero muchos de los que oyeron el mensaje creyeron, y el número de los hombres llegó a unos cinco mil. (Hechos 4:4)
3. La siguiente referencia se encuentra en la conversión de Simón el Mago. «Pero cuando creyeron a Felipe, que predicaba la buena nueva del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaron... Y él seguía a Felipe a todas partes, asombrado por las grandes señales y milagros que veía» (Hechos 8:12-13).
4. El eunuco etíope. «Entonces Felipe, comenzando con ese mismo pasaje de la Escritura, le anunció la buena noticia de Jesús. Mientras viajaban por el camino, llegaron a un lugar donde había agua, y el eunuco dijo: «Miren, aquí hay agua. ¿Por qué no debo ser bautizado?». Y ordenó que detuvieran el carro. Entonces Felipe y el eunuco bajaron al agua, y Felipe lo bautizó. Cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor se llevó repentinamente a Felipe, y el eunuco no lo volvió a ver, sino que siguió su camino gozoso.» (Hechos 8:35-39)
5. Saulo, quien se convertiría en el gran apóstol Pablo, da su propio testimonio de lo que sucedió camino a Damasco. "Al acercarse a Damasco en su viaje, de repente un resplandor de luz del cielo lo envolvió. Cayó al suelo y oyó una voz que le decía: 'Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?'. '¿Quién eres, Señor?', preguntó Saulo. 'Yo soy Jesús, a quien persigues', respondió." (Hechos 9:3-5) Después de que Saulo llega a Damasco y habla con Ananías, "al instante, algo como escamas cayeron de los ojos de Saulo y recobró la vista. Se levantó y fue bautizado." (Hechos 9:18)
6. La conversión del primer gentil, Cornelio. «Entonces Pedro dijo: “¿Puede alguien impedir que estos sean bautizados con agua? Han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros”. Así que ordenó que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo.» (Hechos 10:46)

7. Algunos de los hombres de Cipreses y Cirene fueron a Antioquía y comenzaron a hablar también a los griegos, anunciándoles la buena noticia de Jesús. La mano del Señor estaba con ellos, y un gran número de personas creyó y se convirtió al Señor. (Hechos 11:20-21)
8. "Allí hablaron con tanta eficacia que creyó una gran multitud de judíos y gentiles." (Hechos 14:1)
9. Lidia llegó a Cristo gracias a la predicación y la enseñanza de Pablo: «Una de las que escuchaban era una mujer llamada Lidia, comerciante de púrpura de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios. El Señor abrió su corazón para que respondiera al mensaje de Pablo. Cuando ella y los demás miembros de su familia se bautizaron, nos invitó a su casa» (Hechos 16:14).
10. El carcelero de Filipos dijo: «Entonces los sacó y les preguntó: 'Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?'. Ellos respondieron: 'Cree en el Señor Jesús y serás salvo, tú y tu casa'. Entonces les anunciaron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa. A esa hora de la noche, el carcelero los tomó y les lavó las heridas; e inmediatamente él y toda su familia fueron bautizados» (Hechos 16:30).
11. Muchos judíos creyeron, y también muchas mujeres griegas prominentes y muchos hombres griegos. (Hechos 17:12)
12. "Algunos hombres se hicieron seguidores de Pablo y creyeron." (Hechos 17:34)
13. Crispo, el principal de la sinagoga, y toda su casa creyeron en el Señor; y muchos de los corintios que lo oyeron creyeron y fueron bautizados. (Hechos 18:8)
14. Pablo llega a Éfeso y permanece allí dos años y medio. «Y les preguntó: "¿Recibieron el Espíritu Santo cuando creyeron?". Respondieron: "No, ni siquiera hemos oído que exista el Espíritu Santo". Entonces Pablo preguntó: "¿Entonces qué bautismo recibieron?". "El bautismo de Juan", respondieron. Pablo dijo: "El bautismo de Juan fue un bautismo de arrepentimiento. Les dijo a la gente que creyeran en el que vendría después de él, es decir, en Jesús". Al oír esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús.» (Hechos 19:2-5)
15. «He declarado tanto a judíos como a griegos que deben convertirse a Dios en arrepentimiento y tener fe en nuestro Señor Jesús.» (Hechos 20:21)
16. Y finalmente el último. Pablo relata una vez más su experiencia de conversión y dijo: Caí al suelo y oí una voz que me decía: «¡Saulo! ¡Saulo! ¿Por qué me persigues?». «¿Quién eres, Señor?», pregunté. «Soy Jesús de Nazaret, a quien persigues», respondió. Mis compañeros vieron la luz, pero no entendieron la voz del que me hablaba. «¿Qué debo hacer, Señor?», pregunté. «Levántate», dijo el Señor, «y ve a Damasco. Allí se te dirá todo lo que se te ha encomendado». Ananías le preguntó a Saulo: «¿Y ahora qué esperas? Levántate, bautízate y lava tus pecados, invocando su nombre» (Hechos 22:16).

Quizás haya sido un poco largo, pero quería que lo vieran por sí mismos. En nueve ocasiones diferentes, en esos relatos de conversión, todos los que encontramos en el libro de los Hechos,

se nos dice que la gente creyó, y obviamente lo hizo. En tres ocasiones diferentes se nos dice que se arrepintieron, y la palabra "arrepentirse" significa "convertirse", alejarse del mundo y volverse hacia Jesucristo. En diez ocasiones diferentes, se nos dice que fueron bautizados. La palabra "bautizado" significa ser sumergido, ser sumergido o sumergido, es decir, sumergir todo el cuerpo en el agua. Cuando alguien sale del agua, resucita, sale caminando hacia una nueva vida. Por cierto, cada vez que se bautizaban, no era una semana ni un mes después, sino inmediatamente. Ahora bien, ¿qué respuesta de fe establece Dios para venir a Cristo?

Me doy cuenta de que gran parte del mundo preguntó: "¿De verdad crees que Dios requiere el bautismo como parte de la respuesta de fe para aceptar a Cristo?" También podrían preguntar: "¿De verdad crees que a Moisés y a los israelitas se les exigió mirar la serpiente de bronce como respuesta de fe?" "¿De verdad crees que Dios requirió que los israelitas marcharan alrededor de esa ciudad como idiotas una vez al día durante seis días y siete veces el séptimo día?" "¿De verdad crees que Dios esperaba que Naamán se sumergiera siete veces en el Jordán?" "¿De verdad crees que quería que Pedro saliera después de pescar toda la noche y echara esas redes una vez más?" ¿De verdad crees que Dios quiere la respuesta que solicitó de todas esas personas para su sanidad física o la respuesta que exige de nosotros para nuestra sanidad espiritual, el perdón de nuestros pecados? Por supuesto, la respuesta es que Dios espera que el hombre le obedezca basado en una fe sabia.

Unos cuantos versículos más deberían poner todo en perspectiva sobre cómo Dios desea que le respondamos con fe. «El que crea y sea bautizado será salvo; pero el que no crea, será condenado» (Marcos 16:16). Pero, ¿cuál es el propósito del bautismo? «¿Acaso no saben que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Porque fuimos sepultados con él por el bautismo para muerte, a fin de que, así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros vivamos una vida nueva. Si fuimos unidos a él en su muerte, ciertamente también lo seremos en su resurrección» (Romanos 6:35:1).

Pablo dice que la razón por la que Dios decidió incorporarla como parte de la respuesta de fe, condicionada a la creencia, al arrepentimiento y a un retorno a Dios, es para recrear la muerte, sepultura y resurrección de Jesucristo. Pedro dio la misma razón al hablar de Noé y cómo fue salvo gracias a su respuesta de fe, cuando Dios envió el gran diluvio sobre la tierra. «Y esa agua simboliza el bautismo que ahora también los salva; no quitando la suciedad del cuerpo, sino la promesa de una buena conciencia hacia Dios» (1 Pedro 3:21). No hay nada mágico en el agua. No es santa. No es lo que hace físicamente al quitar cualquier cosa sucia o impura. Su propósito es «la promesa de una buena conciencia hacia Dios». ¿Por qué? Porque cumple la respuesta de fe que Dios ha pedido.

Hay muchos amigos que, con mucho respeto y honestidad, discrepan de lo que he compartido con ustedes, a pesar de todo lo que he compartido y el razonamiento que lo sustenta. Volviendo a nuestro pasaje de Efesios 2:8-9, donde dice: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe;

y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe». Dicen: «Pero el bautismo es una obra, es una obra».

Permítanme mostrarles un último versículo para resumir todo: «Nos salvó, no por obras de justicia que hubiéramos hecho, sino por su misericordia» (Tito 3:5). No es por lo que hacemos. No es nuestro poder. Es su misericordia. Él es el poder. «Nos salvó mediante el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo» (Tito 3:6). El bautismo no tiene nada que ver con trabajar; tiene todo que ver con la sumisión. Tiene todo que ver con la fe. No significa nada aparte de creer. No significa nada aparte de Jesucristo. El bautismo es simplemente la respuesta de fe que nos conecta con el gran poder que nos salva de nuestros pecados. Amazing Grace #1273, Steve Flatt, 21 de julio de 1996.